

El estado actual de crisis de la arqueología posprocesual. Un análisis desde el modelo de desarrollo teórico

The current state of crisis in post-processual archaeology. An analysis
from the theoretical development model

Miguel Guevara Chumacero

<https://orcid.org/0000-0002-8503-3850>

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE

miguelguevarach@gmail.com

RESUMEN

En este artículo se realiza un análisis epistemológico de los componentes teóricos de la arqueología posprocesual a lo largo de su historia. Utilizo el modelo de desarrollo que indica las etapas que poseen las teorías científicas. El análisis describe que la inconsistencia entre estos componentes ha conducido a la arqueología posprocesual a una situación de crisis.

Palabras clave: Teoría, posprocesual, epistemología, anomalías, crisis.

ABSTRACT

This article provides an epistemological analysis of the theoretical components of post-processual archaeology throughout its history. I use the development model that indicates the stages of scientific theories. The analysis describes that the inconsistency between these components has led to post-processual archaeology into a crisis situation.

Keywords: Theory, post-processual, epistemology, anomalies, crisis.

INTRODUCCIÓN

El posprocesualismo es una de las teorías con mayor vigencia en la actualidad en el campo de la arqueología. Esto se debe a la novedosa implementación de categorías y metodologías para el estudio del simbolismo, y a una práctica continua de

RECIBIDO: 16/05/2024 - ACEPTADO: 08/10/2024 - PUBLICADO: 13/12/2024

© Los autores. Este artículo es publicado por *Arqueología y Sociedad* del Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0) [<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>] que permite el uso, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre que la obra original sea debidamente citada de su fuente original.

casi medio siglo. Sin embargo, desde sus momentos iniciales fue objeto de severas críticas por sus contenidos y la inconsistencia que guarda con el método científico general. La escasa revisión de estos postulados problemáticos por parte de sus representantes, la han conducido a una situación de crisis. Este artículo pretende una revisión analítica de la crítica situación teórica que vive en la actualidad la arqueología posprocesual.

El análisis se concentra en teorías de un alto grado de amplitud (Bate y Terrazas, 2006), que en arqueología corresponden a teorías generales, y las cuales se sitúan en la escala de un programa de investigación (Lakatos, 1983). La razón por la que me enfoco en el análisis de las teorías a gran escala, es que sólo a ese nivel se pueden percibir los cambios relacionados con la evaluación racional de las teorías científicas y los criterios de progreso (Laudan, 1984). En niveles teóricos inferiores, nos perderíamos en un mar de conjeturas específicas.

La revisión que realizo es puramente en el campo metafísico. No es el objetivo de este artículo relacionarlo a los problemas de aplicación de la teoría y su evaluación empírica¹. De manera concreta analizaré el criterio de la estructura lógica interna de los componentes de la teoría; lo anterior será efectuado en diferentes momentos de su desarrollo por medio de la revisión historiográfica de su producción teórica. Para ello propongo el análisis desde el modelo de desarrollo teórico (Guevara, 2024), que representa una adecuación al ciclo de desarrollo de la ciencia propuesto por Thomas Kuhn (1971).

EL MODELO DE DESARROLLO TEÓRICO

Los científicos comúnmente utilizamos modelos para simplificar el estudio de aspectos de la realidad en los que interviene una gran diversidad de variables. Lo mismo se puede hacer con las teorías científicas. Tal vez la mejor forma de expresar el desarrollo de las teorías es por su modelización mediante gráficos de curvas. El eje horizontal es el tiempo (t), en el que además se marca el inicio y final de una teoría. En tanto que el otro eje, el vertical, describe el desarrollo (d) alcanzado por la teoría, marcando la posición en el ciclo, a través de una cresta o de un valle, dependiendo si se sitúa en una etapa progresiva o regresiva (Lakatos, 1983). Son varios los criterios empleados, la mayoría derivados de la epistemología y filosofía de la ciencia, para medir el desarrollo alcanzado por una teoría: potencial de carácter satisfactorio relativo, capacidad predictiva, existencia de teorías alternativas progresivas, cadena, fertilidad y simetría explicativa, los términos-conceptos introducidos, fertilidad metodológica y los test empíricos (Gándara, 2007; Kuhn 1971; Lakatos 1983; Popper 1983). En especial me intereso en el análisis de la consistencia lógica, es decir, que

¹ En una investigación en curso, estoy efectuando el análisis crítico de las metodologías seguidas por la arqueología posprocesual, derivadas de estos principios metafísicos, y su repercusión en el ámbito de la arqueología hispanoamericana.

no es posible sostener simultáneamente componentes contradictorios dentro de la teoría (Gándara, 2007, p. 125). Este criterio forma parte de lo que Karl Popper llama "carácter potencial progresista" (Popper, 1983, p. 266) que permite ayudarnos a saber si una teoría es satisfactoria o mejor que otra, basado en el fundamento de que está mejor construida en términos lógicos (donde entra en juego la consistencia teórica). Enfatizo el criterio de la estructura lógica interna de los componentes de la teoría, especialmente en el análisis final, ya que es el criterio que utilizo para evaluar esta teoría.

El diagrama resultante es un formalismo para exponer cómo ocurre el cambio de una teoría particular y el progreso científico en general; lo llamo "modelo de desarrollo teórico". La limitación del modelo es que se trata de una representación del desarrollo en el tiempo de una teoría y, por sí mismo, no posee un carácter explicativo. Es en la forma que se construye, por medio de criterios de análisis epistemológico, historiográfico y metodológico, donde se encuentra su explicación.

En el modelo podemos situar con precisión el estado de una teoría en un momento temporal particular, a lo que denomino "etapas". En general, hay una coincidencia entre los filósofos de la ciencia de que las teorías muestran una progresión temporal desde unos niveles bajos al inicio hasta acercarse a un clímax transcurrido un cierto tiempo. Esta transición se produce en una región caracterizada por una fuerte y extensa aceleración intermedia. A partir del punto más alto de la cresta, desciende con una aceleración hacia valores medios hasta alcanzar valores nulos (figura 1).

A continuación expondré tales etapas con el análisis de la arqueología posprocesual. Para ello consideraré la centralidad de autores y obras para cada etapa de desarrollo de esta teoría en arqueología.

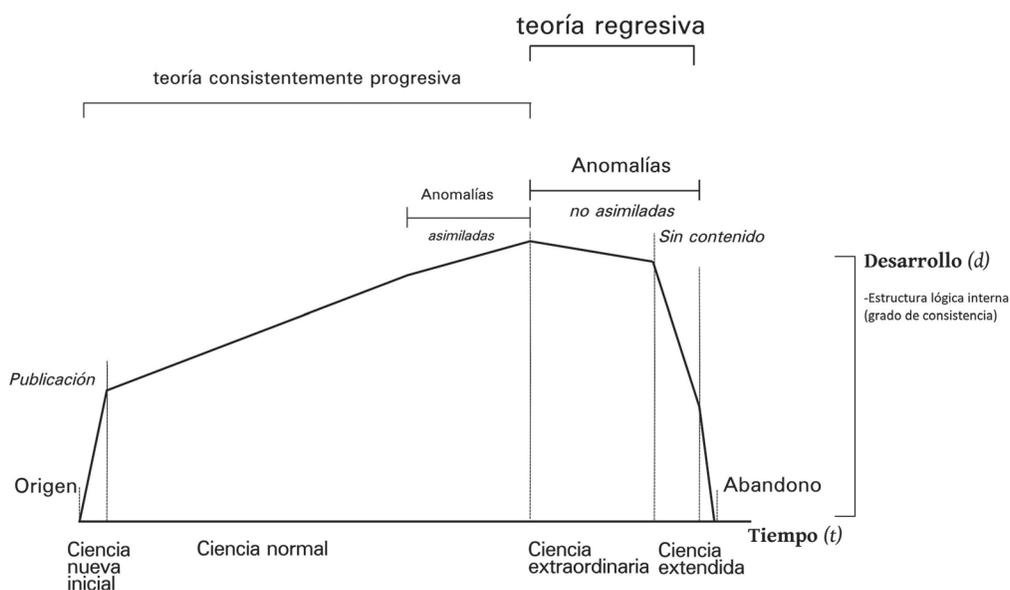


Figura 1. Modelo de desarrollo con sus distintas etapas. Elaboración propia.

ETAPA DE CIENCIA NUEVA INICIAL

¿Cómo se formula una nueva teoría? John Watkins (1970) hace una serie de observaciones al recapitular los apartados de Kuhn concernientes al cambio de paradigma. Reconoce que Kuhn da prioridad a una idea original, novedosa e instantánea, a la que Watkins (1970, p. 37) llama "tesis del paradigma instantáneo", pero argumenta que es una tesis incorrecta. En realidad, se necesitan años para el desarrollo de una nueva teoría. En efecto, puede ocurrir un largo periodo de tiempo para el proceso de desarrollo de una teoría. Recordemos que una nueva teoría no puede estar constituida tan sólo de ideas aisladas, sino que debe formalizarse como una construcción teórica bien articulada. Y este es un proceso sumamente lento y complejo.

Esta etapa no está conceptualizada en el modelo de Kuhn al enfatizar la tesis de la generación instantánea. Tampoco la he reconocido de forma explícita en otros historiadores de la ciencia. La denomino "etapa de ciencia nueva inicial", y describiría la etapa inicial de la construcción de una teoría general. Involucraría la definición formal de los componentes del núcleo firme del nuevo programa de investigación. Así, la "ciencia nueva inicial" consiste en la formulación de los principios del núcleo firme del programa y su articulación lógica. La etapa concluye con la presentación pública de los postulados centrales del núcleo del programa.

En el gráfico de la figura 1 se representa con la ruptura del estado de reposo y se debe visualizar como una acentuada línea ascendente. La visualizo de esta manera, dado que en este momento se formulan las leyes, principios generales, axiomas e hipótesis generales del núcleo firme del programa, y se otorga una estructura coherente a sus componentes. Incluso en ciertas disciplinas, hay una demostración matemática y formal de dicha consistencia. También puede ocurrir un incipiente desarrollo de sus metodologías.

La arqueología posprocesual surgió en la segunda mitad de la década de 1970, como una crítica y alternativa a la ortodoxia procesual en la arqueología angloamericana. Apareció como una revisión arraigada en la insatisfacción con la forma en que iba la arqueología en esa década (Shanks, 2008, p. 134).

Son ya muchas las personas que empiezan a tomar conciencia de que la llamada Nueva Arqueología de los años sesenta y principios de los setenta tenía "grietas". Sin embargo, no existe unanimidad respecto a la naturaleza y alcance de esas grietas. Podría afirmarse que la Nueva Arqueología inhibió, de hecho, el desarrollo de la arqueología misma. (Hodder, 1988, p. 15).

En este momento, el posprocesualismo inicia las revisiones a la arqueología procesual, aunque esta postura crítica llegó tarde. Para el momento que ocurren las evaluaciones de Hodder (figura 2), la nueva arqueología ya había sido racionalmente refutada por severas inconsistencias teóricas en su formulación (Flannery, 1973; Gándara, 1982; Morgan, 1973; Salmon, 1975).

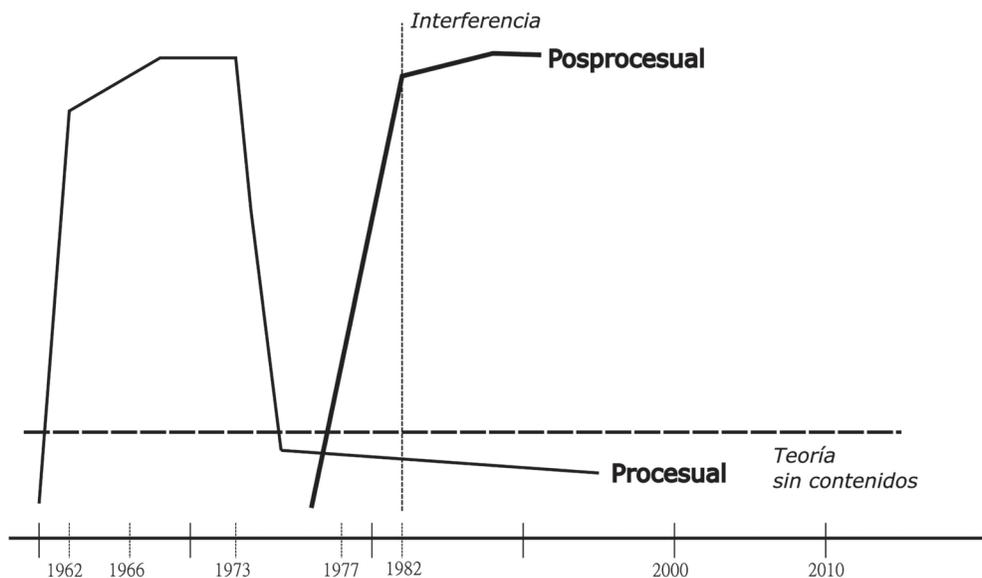


Figura 2. Punto de interferencia teórica de la arqueología posprocesual en contra de la arqueología procesual. Elaboración propia.

La formulación inicial de la arqueología posprocesual posee antecedentes que permiten situar su etapa de ciencia nueva durante la estancia de Ian Hodder en la Universidad de Leeds (1974-1977)², específicamente con los estudios etnoarqueológicos en Baringo, Kenya, donde delineó el enfoque simbólico y contextual (Hodder, 1977). La teoría se presenta públicamente en 1982 a través de la obra *Symbols in Action* (figura 3).

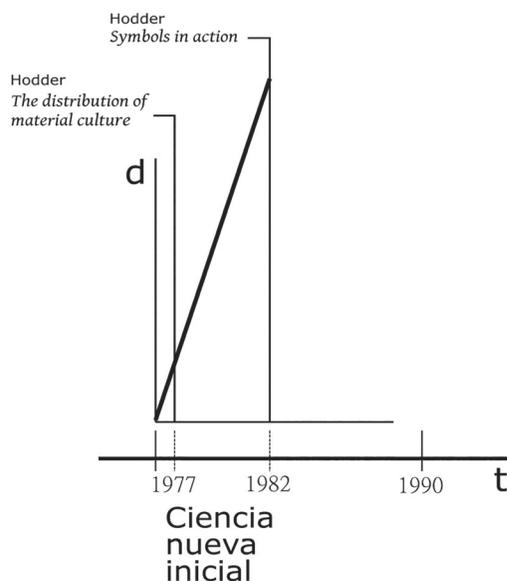


Figura 3. Modelo de desarrollo de la arqueología posprocesual en la etapa de ciencia nueva inicial. Elaboración propia.

² Debió ocurrir posterior a 1975, dado que en ese año presentó su tesis doctoral *Some applications of spatial analysis in archaeology* en Cambridge bajo la dirección de David Clarke, momento en que aún formaba parte de la práctica de la teoría analítica.

En una reflexión sobre el título de su libro, *Symbols in action*, Hodder expresa el énfasis en los elementos materiales como símbolos. La palabra símbolo, nos dice, se refiere a un objeto o situación en el que un significado directo también designa otro significado indirecto. De estos conceptos deriva su categoría de cultura, de la cual nos señala:

La cultura está constituida significativamente en el sentido de que cada rasgo material se produce en relación con un conjunto de esquemas simbólicos, y en relación con los principios generales de significado simbólico que se construyen en acuerdos particulares como parte de estrategias sociales. (Hodder, 1982, p. 188)

La categoría de cultura en la construcción de teorías antropológicas resulta central, ya que en ella están contenidos principios del núcleo firme del programa. En este caso, la cultura es en primer lugar una construcción de esquema de significaciones. Lo anterior delinea una ontología idealista subjetiva donde la realidad está compuesta por la evocación de significados.

El segundo elemento de la definición de cultura es su naturaleza particular. La cultura material, por ejemplo, participa activamente en las estrategias adaptativas de los grupos, pero la forma en que la cultura material está involucrada en ellas depende de esquemas simbólicos generados internamente (Hodder, 1982, p. 187). Dado que es el resultado de acuerdos particulares, internos, cada grupo es único y debe analizarse singularmente. De ahí que reiteradamente se refiera a ellas como “culturas”.

El objetivo inicial de Hodder “era arrojar algo de luz sobre el análisis y la interpretación de las culturas en la arqueología prehistórica” (Hodder, 1982, p. 1). Lo que nos señala que el objetivo de conocimiento es ahora la interpretación.

ETAPA DE CIENCIA NORMAL

Con la presentación pública de los componentes principales del núcleo del programa inicia la segunda etapa del modelo que corresponde a la ciencia normal, tal como es descrita por Kuhn, quien la entiende como la investigación basada en el cuerpo de una teoría aceptada (Kuhn, 1971, p. 33). El trabajo normal presupone el antecedente de una estructura organizada de supuestos -una teoría o programa de investigación-, entre una comunidad de científicos, que sienta las bases de la discusión de su trabajo. “Abordamos todo a la luz de una teoría preconcebida”, señala Popper (1970, p. 51) acerca de la ciencia normal. Un científico puede integrarse de inmediato en una investigación porque ya existe una estructura de problemas aceptados por su marco de conocimiento científico.

Así, la ciencia normal consiste en un proceso continuo de avance por medio de la articulación o ampliación de la teoría en vigencia. Y en efecto, se caracteriza por un crecimiento constante (Kuhn, 2000, p. 13). Es por ello que esta etapa se visualiza en el gráfico de la figura 1, como una extensa rampa ascendente.

En esta etapa se introduce la evaluación del carácter empírico de la teoría. Como resultado, comienza la aparición de problemas de distinta magnitud. Pese a ello, es

una etapa que se muestra como una larga línea ascendente, debido a que los problemas y las inconsistencias conceptuales son resueltos, con lo cual tenemos una teoría consistentemente progresiva, en términos lakatosianos.

Después de 1982, el posprocesualismo se posicionó como la principal teoría alternativa a la nueva arqueología. Para la arqueología posprocesual, la etapa de ciencia normal representa su consolidación, adquiriendo una nutrida comunidad académica especialmente en universidades europeas. Shanks se pregunta dónde se pueden encontrar arqueólogos posprocesuales, a lo cual responde que se trata principalmente de un fenómeno académico que se sitúa en departamentos de arqueología de las universidades. Su comunidad central se sitúa en Gran Bretaña, pero también poseen representantes en Escandinavia y en los Países Bajos. Reconocía que hay pocos voceros posprocesualistas en museos, y aún menos profesionales en el trabajo de campo en el resto del mundo. Considera que una parte significativa de una nueva generación de investigadores en los Estados Unidos parece estar asumiendo intereses posprocesuales (Shanks, 2008, p. 134).

Con el propio trabajo etnoarqueológico inaugural de Hodder en Baringo, se sientan las bases de la forma en que debe llevarse a cabo la práctica de una teoría simbólica, que para esos momentos iniciales se conocía bajo el título de "arqueología contextual" (figura 4). En esta etapa, Hodder publica *Reading the past: current approaches to interpretation in archaeology*, en el año de 1986. Entre los postulados de este texto señala algunos puntos principales que delinean su práctica de ciencia normal. Anota que la cultura material está constituida de manera significativa, así como la necesidad de una perspectiva de agencia (Hodder, 1988, p. 15). En este texto el gé-

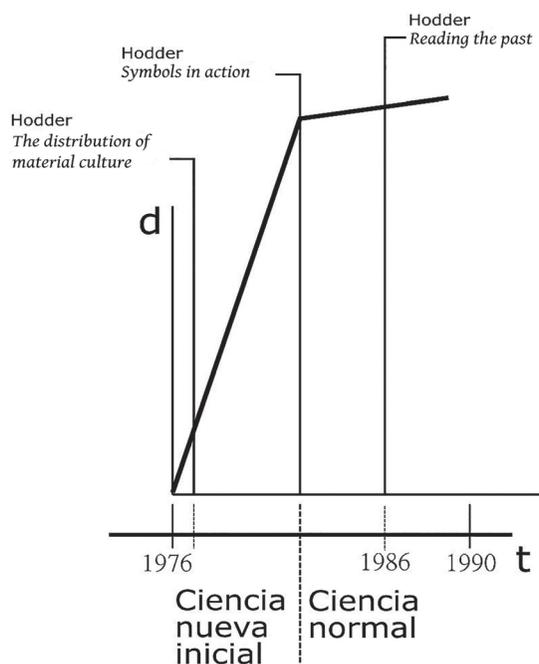


Figura 4. Modelo de desarrollo de la arqueología posprocesual en la etapa de ciencia normal. Elaboración propia.

nero recibe una notable atención, donde la interpretación del pasado reconoce la existencia de mujeres y hombres a los que se les ha asignado papeles diferenciados (Hodder 1988, p. 189; Sørensen, 1998, p. 110). Este enfoque temático que acompaña a la arqueología posprocesual hará emanar la tendencia queer en la disciplina, abogando por la variedad de identidades sociales y el estudio de sexualidades alternativas con el análisis de los planos simbólicos materiales en su aplicación (Cintas, 2011, pp. 178-179; Córdoba, 2009). En este mismo texto, Hodder introduce lo que denomina "las arqueologías indígenas", que enfoca las reivindicaciones indígenas ante la arqueología postcolonial practicada en Occidente (Hodder, 1988, pp. 187-189) como un antecedente, no exento de críticas por su propia postura colonialista (Aguilar y Tantaleán, 2008), de la práctica actual de la arqueología decolonial.

A partir de su trabajo en Baringo, en *Reading the Past* Hodder señala que se “evidenció que la cultura material no solía ser reflejo directo de la conducta humana” (Hodder, 1988, p. 16) como lo plantea el procesualismo o la arqueología conductual. Y esta relación indirecta es debido a las ideas, creencias y significados que se interponen entre la conducta humana y la cultura material. De aquí deriva uno de los principios generales del núcleo de su programa: toda cultura material está constituida de manera significativa (Hodder, 1988, p. 17). A partir de este principio se generan un conjunto de postulados generales consecuentes: “Si la cultura material, toda ella, tiene una dimensión simbólica tal que afecta a la relación de una comunidad humana y las cosas, entonces toda la arqueología, económica y social, está afectada” (Hodder, 1988, p. 18). En este sentido, postula una prioridad de la dimensión simbólica sobre los demás aspectos sociales: “La cultura material actúa sobre la comunidad humana de una forma social: la acción sólo puede tener lugar en un marco social de creencias, conceptos y disposiciones” (Hodder, 1988, p. 23). Esto nos señala con claridad la ontología idealista del autor. El entendimiento de una realidad compuesta por ideas: “cuando vamos al origen de alguna idea, ésta no queda reducida a algo fuera de sí misma” (Hodder, 1988, p. 25), lo cual denota el carácter internalista de la cultura.

En segundo lugar, señala que la relación entre cultura material y organización humana depende de una serie de actitudes culturales. Por ello adopta como metodología el análisis contextual para la interpretación de significados:

A la arqueología le interesa hallar objetos en estratos y otros contextos para poder interpretar o “leer” su datación y su significado. A partir del momento en que se conoce el contexto de un objeto... Su contexto nos ofrece las claves de su significado. La interpretación del significado se ve restringida por la interpretación de contexto. (Hodder, 1988, pp. 18-19)

Del registro arqueológico apunta lo siguiente: “...la idea de que el significado se basa en asociaciones contextuales es una teoría general” (Hodder, 1988, p. 20). En su desarrollo de una teoría observacional (a la que erróneamente llama "teoría general") entiende que los artefactos pueden significar cosas distintas en estos contextos diferentes, por lo que resulta necesario que la “lectura” del registro arqueológico

tome en cuenta las transformaciones culturales, que significan prácticas culturales particulares: “Si decimos que el significado depende del contexto, entonces sólo podemos llegar a comprender un contexto cultural en sí mismo, considerándolo como un conjunto de disposiciones y prácticas culturales” (Hodder, 1988, p. 20).

La relación entre conducta y cultura material depende de las acciones de los individuos dentro de contextos histórico-culturales específicos, por lo cual, niega la existencia de una relación intercultural directa entre conducta y cultura material, y, por lo tanto, la imposibilidad de generalizaciones universales. Considera que intervienen marcos de significado particulares a cada cultura, los cuales deben ser abordados mediante la interpretación (Hodder, 1988, pp. 87-88). Por esa razón se trata de estudios culturales particulares con la adopción del método inductivo. Estos eran los lineamientos de la práctica normal de la arqueología posprocesual.

ETAPA DE CIENCIA EXTRAORDINARIA

Tan sólo cinco años después de su lanzamiento, la arqueología posprocesual comienza a ser objeto de una severa revisión que denota las anomalías de la teoría, consistentes en intensas incongruencias en sus formulaciones epistémicas. Analizaré estos años a profundidad.

La primera interferencia teórica en contra de los postulados del posprocesualismo se debe a Lewis Binford, quien enfoca su crítica en el modelo etnográfico con el formato que es utilizado por Hodder, al considerar que “ofrece un modelo falso para la arqueología” (Binford, 1987, p. 391). Señala que la tradición teórica mentalista, a la que llama ‘textualistas-contextualistas’, asignó significado a observaciones realizadas en el mundo contemporáneo y elegidas por nosotros, pero presentadas “no como datos, sino como información que reflejaba las ideas mantenidas en las mentes de personas muertas hacía mucho tiempo” (Binford, 1987, p. 398), lo cual define como una postura convencionalista. Lo que enfatiza Binford es un problema de método y evaluación de los postulados derivados de información etnográfica.

De la metodología etnoarqueológica, señala: “El arqueólogo no ve eventos del pasado, sólo fenómenos contemporáneos” (Binford, 1987, p. 401). La molestia de Binford es que los estudios contextuales no se basan en el análisis de contextos arqueológicos, situaciones donde “el arqueólogo no tenía informante de quien recibir la comprensión” (Binford, 1987, p. 398). Afirma que Hodder planteaba demandas metafísicas que eran irrelevantes para una ciencia arqueológica. En el mismo sentido coincide con Schiffer (1988), quien señalaba que los enfoques simbólicos estaban escasamente desarrollados en sus teorías de rango medio.

Pero más allá de los problemas metodológicos, Binford también identifica una clara orientación epistémica basada en un empirismo ingenuo. Indica que desde el punto de vista de Hodder, el contexto cultural consiste en creencias y “códigos” conceptualizados y retenidos en la mente de los hombres del pasado, y “estos acercamientos convencionales parecen creer que los artefactos implican directamente

los códigos mentales que están en la mente de las personas del pasado” (Binford, 1987, pp. 396-397), lo que encamina a los textualistas a un acercamiento científico empirista aplicado a los restos materiales.

De igual forma, Binford es el primero en identificar una epistemología relativista en los postulados de Hodder: “El pasado existe para nosotros sino a través de nuestra percepción de él. Y el proceso de percepción no es pasivo...”, nos decía Hodder (1984, p. 67). Ante lo cual Binford argumenta:

Aquí veo una posición relativista. Hay muchos mundos culturales; todos son subjetivos y representan puntos de vista particulares “interiores”. Percibimos o creamos patrones del pasado en término de “teorías” (o paradigmas) en el presente. (Binford, 1987, p. 401)

Finalmente, Binford concluye alertando que el relativismo envuelto y las proyecciones del presente pueden conducir a que las ideas sobre el pasado puedan ser rechazadas o aceptadas acorde a las afinidades socio-políticas del presente (Binford, 1987, p. 403).

Tras esta crítica inaugural de Binford, las revisiones por parte de los procesuales continuaron sin disminuir en los años inmediatos (Binford, 1989; Trigger, 1989b; Watson y Fotiadis, 1990). Ante este panorama, R. Preucel organizó una serie de conferencias en 1989 en la Southern Illinois University que convocó a posprocesuales y procesualistas, cuyas memorias saldrían publicadas dos años después (Preucel, 1991). Preucel (1991; 1995) señala que, aunque se expresaron marcadas diferencias, muchos participantes reconocieron que la polarización de ese momento era perjudicial para la disciplina y que se necesitaban análisis más profundos (figura 5).

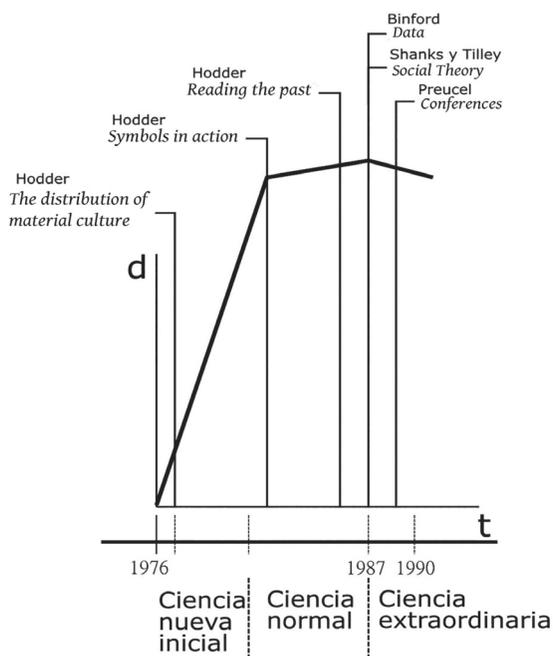


Figura 5. Modelo de desarrollo de la arqueología posprocesual en la etapa de ciencia extraordinaria (1987-1989). Elaboración propia.

Estos análisis llegarían a través de un conjunto de nuevos compromisos de investigación por parte de los posprocesuales, en una nueva etapa que se conoce como "ciencia extraordinaria".

Cuando un problema que debería resolverse por los procedimientos de la ciencia normal reiteradamente no es resuelto, revela una anomalía. En el momento que las anomalías perturban las prácticas científicas normales se inicia la etapa de las investigaciones extraordinarias. La ciencia extraordinaria conduce a los científicos a un nuevo conjunto de compromisos, "una base nueva para la práctica de la ciencia", enfatiza Kuhn (1971, p. 27). La ciencia extraordinaria rompe la tradición de la actividad de la ciencia normal.

En este proceso de crisis, se pasa de hacer ciencia normal a ciencia extraordinaria cuando se desconfía de las reglas de resolución normales como resultado de la aparición de verdaderas anomalías y no sólo de problemas normales (Beltrán, 1989, p. 21). Entonces se adquieren nuevos compromisos asumidos en la ciencia extraordinaria. Entre estos se encuentran el examen colectivo de la anomalía, ajustes *ad hoc* y la diversificación de versiones. Así, los episodios extraordinarios se caracterizan por un cambio estructural porque en ellos se producen nuevos compromisos profesionales.

Lo anterior se debe a que las anomalías sin resolver ocupan cada vez más la atención de la comunidad científica, y exige un estudio detallado en los parámetros de la teoría vigente, en un intento de lograr que la anomalía pueda ser explicada (Kuhn, 1971, p. 15), pero siempre bajo la consigna de que se trata de una etapa de "ciencia no normal" (Kuhn, 1971, p. 147).

En esta etapa vemos un cambio en el gráfico (figura 6). La línea, hasta ahora ascendente, comienza con un descenso. Esto se debe a que en este punto se introducen las inconsistencias conceptuales, así como las constantes anomalías que el programa debe enfrentar, lo cual se realiza mediante ajustes *ad hoc* que por lo común se expresa por la aplicación de hipótesis auxiliares con el fin de soportar refutaciones en sus aspectos esenciales (Lakatos, 1983).

Es justamente en una situación de presencia de anomalías que, en 1991, Hodder publica el artículo *Interpretive archaeology and its role* que consiste en un conjunto de ajustes *ad hoc* en una situación plena de ciencia extraordinaria que vivía la arqueología posprocesual en ese momento. Hodder (1991), bajo un pensamiento claramente enmarcado en la ciencia extraordinaria, expresa que "gran parte de lo que la arqueología posprocesual ha defendido, no ha sido evaluado críticamente y los efectos de sus acciones no han sido investigados reflexivamente" (p. 8).

En el texto explora el papel que podría tener la interpretación en arqueología. Señala que si bien ha discutido la interpretación en términos de un enfoque contextual, no lo ha situado en relación con tradiciones más amplias: "Tengo la intención en este artículo de proporcionar una definición más amplia de arqueología contextual dentro de un marco interpretativo" (Hodder, 1991, p. 7). El interés que tiene es

posicionar explícitamente la interpretación y otorgarle un papel más activo a este objetivo cognitivo en los estudios del pasado. Me parece que el tono que expresa esta estrategia de investigación no refleja una continuidad en su ciencia normal, sino un cambio hacia compromisos de otra clase, bajo una ciencia extraordinaria.

Así, los cambios necesarios, que yo vinculo con compromisos de una ciencia extraordinaria, los sintetiza de la siguiente manera: “Una arqueología interpretativa posprocesual necesita incorporar tres componentes: una estricta objetividad de los datos, procedimientos hermenéuticos para inferir significados internos, y la reflexión” (Hodder, 1991, p. 7). En primer lugar, considera precisar la objetividad del pasado, que para él debe estudiarse metodológicamente como producto de una relación dialéctica de los "datos" con el presente. En segundo lugar, considera necesario un componente hermenéutico interno en la interpretación. Y en tercer lugar, apunta que la producción del conocimiento arqueológico conducirá a un compromiso crítico con la expresión de otros intereses, identificando las causas por las cuales se construye el pasado (Hodder, 1991, p. 10).

Los nuevos compromisos de investigación traen cambios importantes en su componente epistemológico. Por ejemplo, frente al instrumentalismo que había caracterizado su producción académica, Hodder (1991) señala que “evaluamos muchos argumentos no tanto mediante testeos universales, sino el conocimiento general frente a los datos utilizando instrumentos de medición universales e independientes” (p. 8). En cuanto al método indica que se partirá interpretando la comprensión general en relación con nuestra comprensión de contextos particulares, que a nivel discursivo es un cambio con respecto al método inductivo que se había utilizado. Sin embargo, también señala que “el énfasis está en las relaciones parte-todo. Intentamos encajar las piezas en un todo interpretativo al mismo tiempo que construye el todo a partir de las piezas” (Hodder, 1991, p. 7). Lo que describe puede entenderse como generalizaciones inductivas.

También hay una saludable autocrítica metodológica:

En general, los arqueólogos posprocesuales, incluido el autor de este artículo, se han preocupado más por mostrar la validez de nuestro aparato teórico universal. Los datos de los ejemplos mostrados sólo han sido manipulados para demostrar, a menudo de forma inadecuada, algún punto teórico. Ha habido una interpretación insuficiente. (Hodder, 1991, p. 8)

Frente a las evaluaciones sostenidas por Renfrew (1989), Hodder es consciente del peligro que representa el relativismo:

Si aceptamos que el pasado se construye parcialmente en el presente (en la dialéctica entre pasado y presente, objeto y sujeto), y que si escuchamos e incorporamos otras voces y significados históricos contruidos, por ejemplo, por mujeres y minorías étnicas, ¿dónde podemos trazar los límites en torno a la investigación arqueológica legítima? (Hodder, 1991, p. 9).

Como respuesta a estas dos grandes problemáticas, ocurre la incorporación de la hermenéutica, que a partir de este momento se convierte en un componente metodológico central de la arqueología posprocesual. Lo anterior debido a que plantea preguntas similares sobre los límites de la investigación legítima al buscar la multivocalidad (Hodder, 1991, p. 9). A través de este cambio pretende alejarse del supuesto de la primacía de la teoría y relacionar la teoría con los datos, así como minimizar el impacto de un relativismo extremo.

Es en este trabajo, cuando por primera vez Hodder ve la relevancia de la teoría crítica en arqueología desarrollada por Leone (1982), y que incorpora a la discusión posprocesual. Así, los problemas de relativismo y la objetividad se pretenden resolver metodológicamente mediante la hermenéutica y la teoría crítica.

En este punto también introduce los postulados de M. Shank y C. Tilley expresados en el libro *Social Theory and Archaeology*, texto que pretende evaluar la posibilidad de una metodología que elimine la tradición arqueológica basada en la racionalidad y objetividad de los artefactos (Shanks y Tilley, 1988, p. 7). Se trata de una crítica al empirismo, especialmente de las tradiciones particularistas históricas, pero si recordamos la crítica de Binford (1987) también es extensible a Hodder.

La teoría social de Shanks y Tilley se enfoca en el significado social, político y filosófico donde se formulan arqueologías particulares (Shanks y Tilley, 1988, pp. 11 y 12). Para ello, se parte de una posición basada en el escepticismo epistémico: “El pasado no se puede reproducir exactamente”, o como se apunta más adelante “El pasado arqueológico no se recrea tal como fue ni en cualquier forma de aproximación” (Shanks y Tille,y 1988, p. 13). Aquí ocurren las coincidencias conceptuales con los postulados de Hodder. Shanks y Tilley (1988) señalan que es necesario un aplazamiento de significado hacia el objeto arqueológico mediante una interpretación:

El objeto y su contexto (el tema de la arqueología) necesariamente debe recibir un significado metafórico de expresión, estar significado en el texto. Como hemos argumentado, la experiencia y la expresión inmediata y no mediada del pasado, es una ficción idealista. Ningún texto es un medio transparente que expresa un significado esencial del pasado. (p. 25)

La reflexión sobre el registro arqueológico es clara para estos autores: el pasado no existe, no puede ser recapturado en sí mismo como objeto. Es contemporáneo, sólo existe ahora en su conexión con el presente, en la práctica de interpretación del presente (Shanks y Tilley, 1988, p. 26).

El trabajo de Hodder es un buen ejemplo del desarrollo de hipótesis auxiliares en la literatura arqueológica, con cambios conceptuales y la incorporación de metodologías novedosas, todo enmarcado en un cuerpo de heurísticas positivas (figura 5). Con la adscripción de postulados de la teoría social y la teoría crítica, para 1991 hay cambios importantes y nuevas resoluciones posprocesualistas alrededor del empirismo, la objetividad y los avances hacia una metodología textual y hermenéutica.

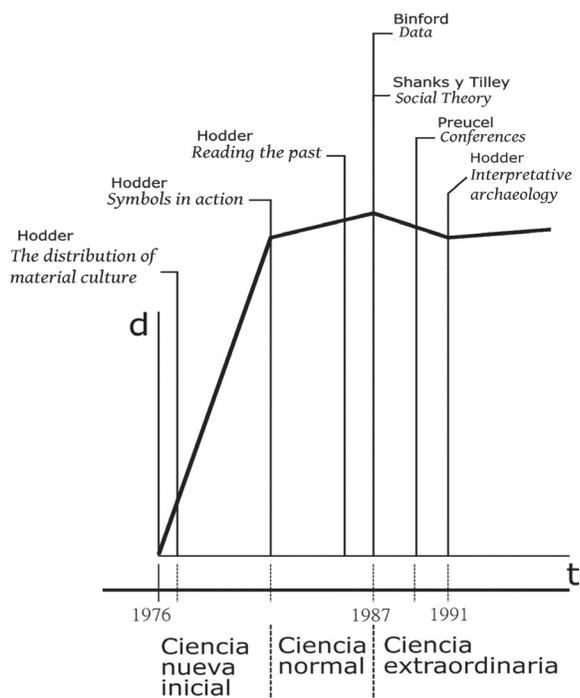


Figura 6. Modelo de desarrollo de la arqueología posprocesual en la etapa de ciencia extraordinaria (1987-1991). Elaboración propia.

Pero es primordial enfatizar que aún permanecen intactos en el discurso posprocesual aspectos críticos. Por ejemplo, Hodder afirma que la verdad y el conocimiento son contingentes y múltiples, y hasta cierto punto se acepta el relativismo: “Abre el pasado a otras voces y deconstruye la universalidad de las afirmaciones de verdad” (Hodder, 1991, p. 10). Con una base abiertamente relativista, Hodder señala que “colocamos la cosa a entender más completamente en su contexto, moviéndose de un lado a otro entre “su” y “nuestro” contexto hasta lograr la coherencia” (Hodder, 1991, p. 8). De igual forma apunta que “necesitamos ver a los arqueólogos posprocesuales lanzarse a interpretaciones coherentes y sostenidas del pasado” (Hodder, 1991, p. 16). Estas citas reflejan una postura coherentista por encima de la realidad como correspondencia. Lo anterior se aprecia en el siguiente señalamiento del método utilizado: “Medimos nuestro éxito en esta combinación de teoría y datos (nuestro contexto y su contexto) en términos de cómo nuestra hipótesis da cuenta de los datos (usa el término *accounted*) en comparación con otras hipótesis” (Hodder, 1991, p. 8). Como se observará, no se enuncia un objetivo de evaluación con la realidad externa, sino únicamente la comparación entre postulados hipotéticos:

Sin embargo, si el presente no debe simplemente imponerse al pasado, no necesitamos imponer criterios externos, sino que debemos adaptar nuestro conocimiento externo a las relaciones internas. Necesitamos comprender el pasado parcialmente en sus propios términos utilizando el criterio de coherencia en las relaciones parte-todo. (Hodder, 1991, p. 13).

Persiste una epistemología relativista, con una noción coherentista. De igual forma permanecen inconsistencias entre los componentes de la teoría. Por ejemplo, en

cuanto a la definición de arqueología interpretativa indica “la naturaleza parcialmente objetiva, fundamentada y material del pasado”, que destaca una ontología materialista, pero inmediatamente enfatiza que “los enfoques interpretativos incorporan lo conceptual, es decir, la forma en que las personas daban sentido al mundo” (Hodder, 1991, p. 15), en el que otorga una prioridad a una ontología idealista. Estas son las inconsistencias teóricas que exponía la teoría posprocesual.

Resumiendo, podemos observar problemas como el acentuado relativismo, la imposibilidad de evaluación de interpretaciones más allá del coherentismo interno, el énfasis de la historia particular en lugar de generalización, la introducción de una noción de escepticismo epistémico parcial, y la inconsistencia entre una ontología materialista/idealista.

Tal era el peso de estos criterios que el debate para la década del noventa llevó a una polarización de posiciones (Sherratt y Yoffee, 1993; Trigger, 1989b). Uno de los aspectos críticos que se analizaron en esta década es la mezcla epistemológica y ontológica en su interior. Al respecto, Preucel (1995) señala que “la tarea de categorizar las diferentes escuelas de pensamiento posprocesual está plagado de peligros. Ninguna tipología única puede ser suficiente para capturar la gama de posiciones actualmente expuestas” (p. 157). Y ello, por supuesto, hace que el escenario posprocesual en la actualidad englobe un amplio espectro de compromisos epistemológicos. Estos enfoques incluyen varias mezclas que integra a la arqueología contextual, el neomarxismo, el estructuralismo, diversas influencias de la teoría literaria, el feminismo, ciencia social pospositivista, hermenéutica, la fenomenología, por mencionar algunos. En su nivel más básico el término no se refiere a un programa unificado, sino, más bien, a una colección de intereses de investigación ampliamente divergentes y, a menudo, contradictorios (Preucel, 1995, p. 147).

Pero es quizás la formulación relativista del posprocesualismo uno de los puntos que ha recibido las críticas más profundas en lo que el mismo Preucel (1995) ha llamado la “crítica radical”. Esta situación condujo a que en la primera parte de la década del noventa comenzara una revisión representada, principalmente, por los embates de B. Trigger. En el texto “Archaeology and the integrated circus” (Trigger, 1995), publicado en la revista *Critique of Anthropology*, se examinan los argumentos en contra de la posibilidad de una arqueología objetiva, que recordemos era uno de los objetivos centrales de la reevaluación de Hodder en su texto de 1991. Este es un tema central que Trigger venía debatiendo en contra del posprocesualismo desde años atrás y del cual nos dice que “los posprocesualistas niegan la posibilidad de la objetividad, pero parecen considerar su enfoque como si sólo éste fuera objetivo” (Trigger, 1995, p. 320).

Aunque Trigger reconoce que la orientación relativista y de amplia variación ha ayudado a la arqueología a exponer el racismo, los prejuicios de género y los estereotipos en el registro arqueológico (Trigger, 1995, p. 323), considera que existe una

tendencia de los posprocesualistas extremos o hiper-relativistas de negar que haya alguna manera de distinguir un criterio de verdad y da por igual las interpretaciones que pueden dar arqueólogos aficionados o profesionales.

Compara esta forma de pensamiento con los movimientos de extrema derecha. El precio que se paga al adoptar esta actitud —reflexiona Trigger— es la falta de capacidad para criticar las ideas de derecha de manera efectiva y caer en la trampa como la de los intelectuales alemanes, cuyos idealismos egocéntricos e hiper-relativistas en realidad abrió el camino para que florecieran las ideas políticas de extrema derecha a principios del siglo XX, comparando a los arqueólogos posprocesuales con los "nazis posmodernos" (Trigger, 1995, p. 323). Duras críticas (figura 7).

El tono y el contenido del texto desató un enfrentamiento entre postulados que era inminente. Así, la respuesta no se dejó esperar, y en el mismo número de la revista, Tilley (1995) publicó "Clowns and circus acts: a response to Trigger". En defensa del posprocesualismo, señala que la complejidad y polisemia de la información arqueológica exige diferentes marcos teóricos e interpretativos en competencia que fomentan el debate y empoderen la investigación arqueológica, aunque destaca que los argumentos de Trigger son inadecuados, basados en elementos positivistas, historicistas y deterministas (Tilley, 1995, p. 337). Además, Tilley (1995, p. 341) describe a Trigger como un "payaso marxista tradicional", debido a su adhesión a una fórmula explicativa capaz de resolver todos los problemas mediante la reducción.

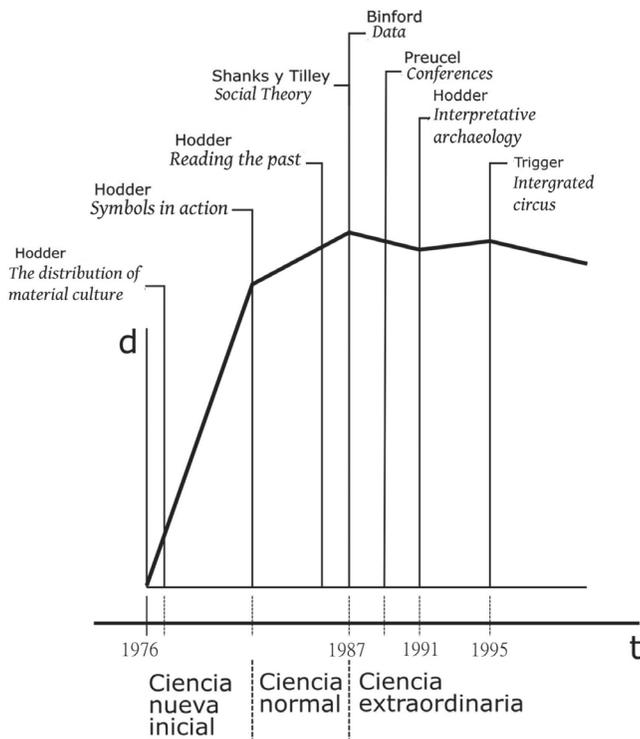


Figura 7. Modelo de desarrollo de la arqueología posprocesual en la etapa de ciencia extraordinaria (1987-1995). Elaboración propia.

Sin embargo, en esta réplica de Tilley no veo respuesta a las revisiones críticas a las cuales está siendo sujeto. Y lo anterior es lo que va a caracterizar a la arqueología posprocesual de los siguientes años. Las reformulaciones por parte de los posprocesuales en el nuevo milenio se centran en aspectos periféricos, no en las anomalías fundamentales.

En la práctica actual se dejan fuera de la agenda ajustes *ad hoc* de aspectos modulares. Uno de ellos es la diversificación epistémica que existe en su interior por la convivencia de líneas de investigación que nos hablaba Preucel. Sus exponentes reconocen tal carencia de homogeneidad interior. Para inicios del nuevo siglo, sus propios representantes reconocen que no es un programa, enfoque, método o cuerpo de teoría congruente. “La arqueología posprocesual no es una teoría coherente”, enfatiza Shanks. Más bien señala que “la arqueología posprocesual suele plantearse como un contenedor para todo tipo de tendencias” (Shanks, 2008, p. 133). Desde sus tempranas formulaciones han crecido desde dentro y de forma adyacente por una diversidad de marcos (Preucel, 1995, p. 147). “Estas son arqueologías”, nos dicen Shanks y Hodder (1995).

Ante esta diversidad de temáticas, Shanks (2008, p. 142) considera que es mejor pensar en la arqueología posprocesual como un campo de asuntos y controversias que están conectados pero no tienen la unidad necesaria. Tales diferencias filosóficas más que percibirse como un aspecto que debilita a la propuesta son vistas como el medio para hacer contribuciones únicas a la teoría social (Preucel, 1995, p. 147). De ahí que sus representantes no lo consideren una anomalía que necesite ajustes.

Pero lo cierto es que tal carencia de unidad puede potencialmente conducir a las distintas versiones del posprocesualismo por el camino del reduccionismo y la incoherencia teórica. Sin un cambio de compromiso de investigación para resolver esta anomalía de diversidad epistémica y ontológica, puedo considerar la permanencia en estos años de una situación de ciencia extraordinaria y en estado regresivo en la arqueología posprocesual.

¿Qué ha ocurrido en los últimos años? Shanks y Hodder publicaron en 1995 un artículo titulado “Processual, postprocessual, and interpretive archaeologies”, que puede considerarse la línea de investigación seguida actualmente por esta arqueología. Dado que se trata de los lineamientos que guían su práctica arqueológica actual, analizaré el texto para evaluar la forma en que enfrentan las anomalías y determinar si estas se han resuelto.

Este texto fue escrito en el contexto de controversia, y por el tono y problemas que aborda, está enmarcado en una “ciencia extraordinaria” con la implementación de heurísticas positivas para el rescate del programa. Señalan que la polémica se ha centrado en torno a la forma de su práctica de una ciencia social, donde el papel de la estructura, la acción individual, la intencionalidad y la agencia, resultan los puntos en conflicto. Reconocen que estas líneas han llevado a un debate que ha tendido

a una polarización de posiciones, y como consecuencia a un oscurecimiento de los problemas, en donde el posprocesualismo ha llegado a ser visto por algunos como anti-ciencia, por celebrar la subjetividad y la historia particular (Shanks y Hodder 1995).

El texto se centra en la caracterización y el alcance de las arqueologías que pueden denominarse interpretativas, ofreciendo un resumen de sus principales aspectos (Shanks y Hodder, 1995, p. 14-15):

- a) Las interpretaciones de lo social están menos preocupadas por la explicación causal que con la comprensión o dar sentido a las cosas;
- b) En primer plano está la persona y su trabajo de intérprete. La interpretación es una práctica que requiere que el intérprete asuma la responsabilidad de sus acciones, de sus interpretaciones;
- c) La arqueología se concibe como una práctica material en el presente, haciendo estudios sobre las huellas materiales del pasado;
- d) La interpretación es, en consecuencia, multivocal: diferentes interpretaciones de un mismo campo son posibles;
- e) Por lo tanto, se espera una pluralidad de interpretaciones arqueológicas adecuadas a diferentes propósitos, necesidades;
- f) La interpretación es una respuesta creativa y crítica a los intereses, necesidades y deseos de diferentes sectores (aquellas personas, grupos o comunidades que tienen o expresan tales intereses en el pasado material).

En el texto, los autores afirman que el pasado tiene una independencia respecto del diseño de la investigación y de los procedimientos, declaración que denota una ontología realista y un alejamiento del instrumentalismo. Señalan que el pasado está constituido por significados, haciendo referencia a su ontología idealista subjetiva (Shanks y Hodder, 1995, p. 18). Asimismo, presentan una respuesta a la crítica recibida sobre la metodología que emplean para recuperar esos significados, donde se ha argumentado que esta ha sido arbitraria y que los arqueólogos no pueden reconstruir el simbolismo pasado. Los autores indican que hay dos formas en que los arqueólogos pueden evitar este callejón sin salida. Se trata del empleo de criterios universales, en conjunción con las similitudes y diferencias internas. La primera metodología hace referencia a las analogías. Sin embargo, desde su inicio con las investigaciones etnoarqueológicas en Baringo, la arqueología posprocesual utiliza dichas analogías para interpretar el pasado de forma directa, lo que conduce a la construcción de tautologías, a pesar que en esa obra inicial el propio Hodder advierte de los peligros del uso de las analogías directas (Hodder, 1982). En la segunda metodología se señala que “la tarea del arqueólogo es dar vueltas y vueltas a los datos en un espiral hermenéutica, buscando relaciones. Cuanta más evidencia se pueda reunir de esta manera, más probable es que uno pueda hacer afirmaciones sobre el significado” (Shanks y Hodder, 1995, p. 18). Se deja visualizar el enfoque

bajo un método inductivista, algo que es cotidiano para el posprocesualismo, pero es un aspecto lógico que posee serias limitaciones para la investigación científica (Popper, 1962, p. 27-29).

En cuanto a la diversificación interior, Shanks y Hodder (1995, p. 14) exponen que “estas son arqueologías (el plural es importante, como quedará claro) que funcionan a través de la interpretación”. Para enfrentar los problemas extraordinarios, se elaboran versiones distintas y superposiciones de teorías particulares. Desafortunadamente, la proliferación de diferentes versiones de una teoría es un síntoma muy corriente de crisis (Kuhn, 1971, p. 130). Y recordemos que ésta fue la solución presentada por Hodder (1991) frente a la situación inicial de anomalías, lo cual se reafirma en este momento, pero incorporándolo como parte de las metodologías de la teoría, a través de la multivocalidad.

Por otra parte, frente a la preocupación por las posibles contradicciones conceptuales que puedan ocurrir por la intersección de diversas ontologías y epistemologías, los autores consideran que a pesar de las tendencias plurales que existen a su interior hay un núcleo en esta arqueología (Shanks, 2008, p. 142): “funcionan a través de la interpretación” nos enfatizan Shanks y Hodder. Destacan a la interpretación como el factor común de estas tendencias internas. Incluso sugieren que la polarización entre postulados es innecesaria, y que una consideración del carácter y alcance de la interpretación puede ayudar superar tales polarizaciones: “una cuidadosa consideración de interpretación implica abandonar las caricaturas de ciencia versus relativismo, generalización versus la particularidad histórica y el pasado objetivo versus el presente subjetivo” (Shanks y Hodder, 1995, p. 14). Frente a la crisis de los años setenta de la explicación hempeliana, lo que están refiriendo es una unificación de las distintas teorías en arqueología a través de un objetivo común de conocimiento, en este caso la interpretación: “De hecho, toda arqueología es interpretativa”, nos dicen Shanks y Hodder (1995, p. 18).

Sin embargo, recordemos que aún una amplia parte de la arqueología contemporánea³ tiene como objetivo cognitivo la explicación. El objetivo cognitivo posee un papel definitorio para la demarcación entre teorías (Gándara, 2007). De tal forma que la diferencia de objetivos de investigación perseguidos, y como consecuencia el método, seguirán siendo distintos. Incluso, quizás resulte ser al revés. Se ha señalado que la interpretación como objetivo de conocimiento implica formas de explicación:

La noción de causalidad no es clara en el posprocesualismo. O si solo existen secuencias de significados. Yo he sostenido que, en el último análisis, la comprensión puede reducirse a la explicación, y que no hay tal cosa como comprensión sin leyes. Los modelos que buscan significados de la acción tienden a ubicar solamente secuencias —típicamente accidentales o contextuales— de acciones sin

³ En las que se incluyen las versiones actuales procesuales, el neodarwinismo, la ecología cultural, la arqueología conductual y la arqueología social latinoamericana.

comprometerse causalmente. Y cuando lo hacen privilegian a las ideas sobre los factores materiales. (Gándara, 1993, p. 16)

Si este postulado es correcto, la comprensión/interpretación implica formas de explicación al no poder prescindir de enunciados universales, parafraseando a Shanks y Hodder: “toda la arqueología, incluida la interpretativa, es explicativa”. Entonces, la arqueología posprocesual se enfrenta a una seria controversia cuando basa toda su práctica actual en la interpretación.

Conscientes de la crítica de Trigger (1989a; 1995), los autores abordan el punto más crítico en su construcción teórica. Me refiero al relativismo:

Se han hecho críticas al relativismo. Por lo general, se considera que el relativismo no es algo bueno. Si las interpretaciones del pasado dependen de intereses presentes y no en la objetividad, entonces no hay manera de distinguir a un profesional que brinde la explicación arqueológica de las opiniones enloquecidas de chiflados que pueden dar interpretación arqueológica como rastros de visitantes extraterrestres (Shanks y Hodder, 1995, p. 28).

En este punto señalan que “el relativismo no ha sido tratado adecuadamente, por lo que presentamos algunas posibles líneas que se pueden tomar respecto al juicio, la autoridad, la objetividad y la ciencia” (Shanks y Hodder, 1995, p. 29). Las siguientes líneas retratan el uso de procedimientos *ad hoc* para resolver la anomalía en torno al relativismo que posee la teoría.

Para ello señalan que se debe hacer una distinción con respecto al relativismo epistémico que siguen (se cita como referencia a Bhaskar en un texto de 1979). Esta forma de relativismo sostiene que el conocimiento tiene sus raíces en un tiempo y cultura en particular, lo cual se adecua a su concepto particular de cultura.

Lo distinguen del relativismo crítico, que afirma que todas las formas de conocimiento son igualmente válidas, punto de vista al cual no está adscrito el relativismo epistémico. Sostienen que su relativismo no implica que todas las formas de conocimiento sean igualmente exitosas en la solución de problemas particulares: “el relativismo epistémico simplemente dirige la atención a las razones por las que se considera que una declaración es objetiva o fuerte” (Shanks y Hodder, 1995, p. 29). Esta sería la respuesta a la anomalía del relativismo.

Sobre este mismo aspecto, Shanks señalaría más tarde que la arqueología posprocesual no niega la posibilidad de un conocimiento seguro del pasado, así como tampoco la posibilidad de múltiples pasados contradictorios que reclamen igual validez (Shanks, 2008, p. 133). No obstante, un par de líneas después su posicionamiento recae de nuevo en el escepticismo al señalar que “se carece de una metodología que puede entregar cualquier tipo de conocimiento seguro” (Shanks, 2008, p. 133). Y la misma contradicción epistémica ocurre alrededor del relativismo: “Que yo sepa, ningún arqueólogo ha argumentado jamás que todo vale y que todas las versiones arqueológicas del pasado son igualmente válidas”. Pero en la misma página pode-

mos leer que “el valor es de las versiones por sí mismas, dado que no hay forma de evaluarlas de manera independiente” (Shanks, 2008, p. 138).

Así, pese a las pretensiones de Shanks y Hodder de caracterizar su relativismo como epistémico, en realidad se trata de un relativismo radical que considera la evaluación, interpretación o la caracterización de cualquier forma es igualmente válida, ya que no existe un marco general que posibilite hacer la descripción o la evaluación (Godfrey, 2009, p. 142). El relativismo radical plantea la ausencia de puntos de interrelación significativa mediante marcos generales con los cuales sea posible la evaluación comparativa. El relativismo manejado por el posprocesualismo se trata en realidad de un relativismo cerrado sin posibilidad alguna de comparación. Se adopta la existencia de interpretaciones mutuamente inconsistentes, por tanto, inconmensurables, que hace irrelevante ni más ni menos que la posibilidad del pluralismo teórico, la multivocalidad tan defendida por los posprocesuales.

Estos son los postulados que se han seguido hasta la actualidad en la práctica arqueológica interpretativa. Los textos recientes de Hodder siguen girando a las mismas consideraciones, aunque ahora se hace un énfasis en la categoría de entrelazamiento, Estas ideas las expresa en el libro *Entangled: An Archaeology of the Relationships Between Humans and Things* (2012), y en *Where Are We Heading? The Evolution of Humans and Things* (Hodder 2018), donde hay una enriquecedora propuesta de reflexiones en el ámbito de una teoría de lo observable, aspecto que no había desarrollado la teoría. En estas obras recientes explora la relación humano-objeto con todas sus variantes (humano-humano, humano-objeto, objeto-objeto), basada en una interrelación histórica y cultural, con un énfasis en la arqueología cognitiva y la red de actores.

En la tercera década del siglo XXI, la arqueología posprocesual lleva a cabo una práctica similar a la ciencia normal con la implementación de metodologías y teorías de la observación novedosas. Pero continúa la persistencia de anomalías fundamentales que la colocan en un contexto de "ciencia extraordinaria". Y quizás ni siquiera eso. El análisis epistemológico de su práctica actual sugiere la situación de una teoría en crisis.

LA CRISIS. ADELANTANDO UNA CONCLUSIÓN

“El surgimiento de las crisis pueden crearse debido al fracaso repetido en el intento de hacer que una anomalía pueda ser explicada” (Kuhn, 1971, p. 15). En estos términos Thomas Kuhn describía la situación de crisis en una teoría.

Me parece que un problema central es precisar las condiciones que contribuyen a transformar una simple anomalía en el origen de una crisis aguda. Hay varias formas en que puede ocurrir la situación de crisis en una teoría. Una de ellas es la incapacidad de la actividad técnica normal de resolución de problemas (Kuhn, 1971, p. 117). Otra es la evaluación empírica de la teoría (Popper, 1983) o su incapacidad predictiva (Lakatos, 1983). Pero también lo puede ser la incongruencia en la construcción lógica de los componentes del programa de investigación. En este punto es en el

que me enfocaré. Este análisis se sitúa dentro del criterio de Popper (1983, p. 266) de "carácter satisfactorio relativo", o al que también llama "carácter potencial progresista". Uno de los elementos de este criterio se enfoca al análisis de la construcción de la teoría en términos lógicos (con la coherencia y la consistencia teórica).

Iniciaré por el aspecto metodológico dada su vinculación directa con la epistemología. Aquí se sitúa un problema central del posprocesualismo: ¿cómo evaluar entre interpretaciones alternativas? Se trata de una severa dificultad que ha recibido diferentes respuestas. Hay autores posprocesuales que señalan que tal evaluación es imposible, lo que conduce al relativismo crítico y al anarquismo metodológico. También existen sugerencias de que esta operación puede resolverse por referencia a la evaluación empírica que lleva de nuevo a la interpretación del texto-contexto, y que, a mi parecer, conduce a un círculo tautológico. El problema de la elección y de la evaluación de interpretaciones alternativas no ha sido resuelto por las arqueologías interpretativas. Este es el síntoma de una "anomalía técnica" (como las llama Kuhn) y, mientras no haya una resolución metodológica, debe ser visto como una de las razones por las cuales no ha ocurrido la consolidación de la teoría.

Como pudimos observar, se expresa, por lo menos desde 1991, una ontología realista: "Es en la experiencia de esta diferencia objetiva e independiente que podemos distinguir entre hipótesis en competencia para ver cuál encaja mejor" (Hodder, 1991, p. 10). En cuanto al relativismo, hemos visto que este se asume de manera abierta bajo una forma de relativismo epistémico. Pero, en realidad, es una forma de relativismo radical que carece de marcos generales y que hace imposible la evaluación comparativa. El relativismo radical es contrario a la pretensión realista.

Cuando se expresa la inexistencia de un marco comparativo general, que sería la propia realidad, privilegiando la diversidad de interpretaciones con su propio referente histórico cultural, se alude al coherentismo como criterio de evaluación: "Necesitamos comprender el pasado parcialmente en sus propios términos utilizando el criterio de coherencia" (Hodder, 1991, p. 10) Y ello nos habla claramente de un instrumentalismo, que no es sino una forma de idealismo epistemológico, el cual es contradictorio a las pretensiones realistas. Como bien ha señalado Gándara (2007): "los arqueólogos interpretativos están, en su mayor parte, comprometidos con una posición anti-realista e idealista subjetiva" (p. 94).

Es por ello que su epistemología se ha caracterizado en los siguientes términos: "su adopción de posturas anarquistas y nihilistas metodológicas, un escepticismo oportunista y una base finalmente idealista sostenida en un coherentismo muy claro (Gándara, 1993, p. 17). En efecto, lo que observo son profundas contradicciones en su construcción teórica: inconsistencia entre una asumida ontología realista y una práctica idealista subjetiva; la abierta adopción de una concepción relativista que consideran epistémica cuando en realidad es crítica; al no concebir posible la existencia de instrumentos universales e independientes, se recurre al instrumentalismo; eligen el coherentismo sobre la correspondencia con la realidad; un excep-

ticismo epistemológico que niega la posibilidad de ciertas áreas de conocimiento, y el uso del método inductivo donde se prescindien de las generalizaciones.

En la actualidad se sigue trabajando bajo estas contradicciones. Y ello se debe a que la teoría está estructurada de esa manera. Los posprocesuales no pretenden abordarla desde otra perspectiva, tampoco reformular sus conceptos ni resolverlos, porque tales inconsistencias son consideradas como parte constitutiva de su teorización. Recientemente ninguno de los arqueólogos posprocesuales ha sugerido que es preciso reemplazar esos aspectos anómalos, y es una de las razones por las cuales son incapaces de aplicar la teoría de manera consistente.

En la actualidad siguen operando bajo un esquema de ciencia normal, aún en una situación de crisis. Pero desde un análisis externo, se visualiza como un programa altamente regresivo y en una situación crítica. La inconsistencia teórica sigue siendo todavía el centro de la crisis del posprocesualismo.

Si mi análisis es correcto, la arqueología posprocesual no sólo se situaría en situación de "ciencia extraordinaria", sino que se encuentra en el límite de superar el umbral hacia una nueva etapa de la ciencia, en donde las teorías se quedan sin contenidos. Le denomino "ciencia extendida". Ocurre cuando el núcleo firme del programa (donde residen las leyes y principios generales) queda totalmente expuesto, y sus principios, leyes o hipótesis generales son sujetos a refutación, quedando la teoría sin contenido. Estamos en la etapa crítica de una teoría (figura 8).

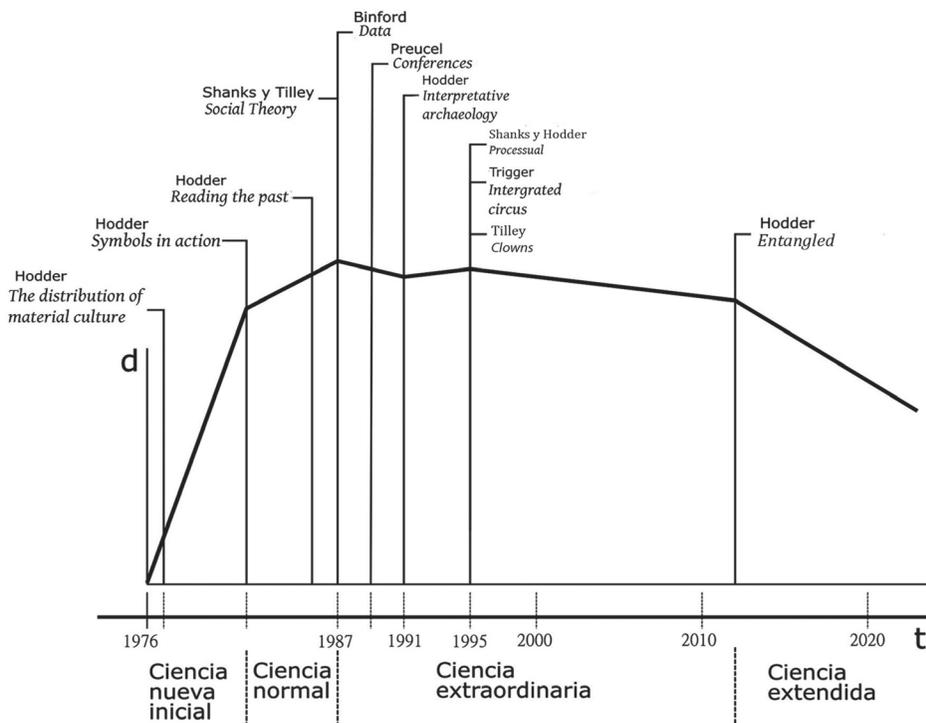


Figura 8. Modelo de desarrollo de la arqueología posprocesual en la etapa de ciencia extendida. Elaboración propia.

Frente a los ataques a los principios alojados en el núcleo del programa, pueden ocurrir nuevos compromisos que tratan exclusivamente de resolver estas anomalías en un intento de salvar la teoría. Esta etapa no sería parte de la ciencia normal ni extraordinaria, dado que el núcleo firme está expuesto y se ha quedado sin contenidos. Los seguidores del programa intentan frenar las refutaciones, en el mejor de los casos mediante la implementación de heurísticas positivas, así como de una nueva forma de heurísticas a las que llamo "críticas", que consisten de hipótesis auxiliares para salvar el núcleo central expuesto. Aunque en este punto incluso pueden ocurrir argumentos ilegítimos sin salvar las anomalías. También puede suceder que sus practicantes sigan efectuando una forma de ciencia normal sin reflexión de la situación regresiva, en una práctica que catalogaríamos de irracionalidad científica (figura 9).

Este análisis nos ha permitido comprender cómo el descubrimiento de incongruencias en sus componentes teóricos condujo a la arqueología posprocesual a una situación de crisis en estas primeras décadas del siglo XXI. Después de 1995, los arqueólogos posprocesuales no volvieron a asumir una investigación basada en heurísticas positivas para resolver las anomalías fundamentales de su teoría, revelando con los años varios de los síntomas que he descrito, para aproximarse a una ciencia extendida en su práctica actual. Lo curioso es que en el año de 1973, el procesualis-

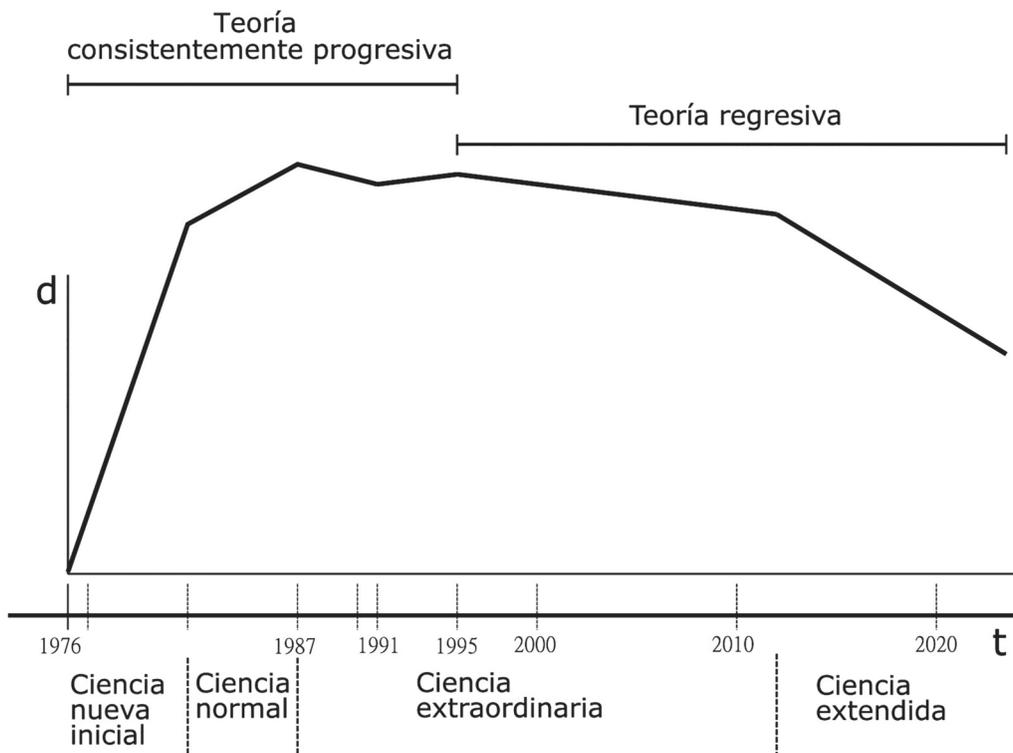


Figura 9. Modelo de desarrollo de la arqueología posprocesual (1976-2024). Señala el estado progresivo y regresivo basado en el criterio de la estructura lógica interna de la teoría. Elaboración propia.

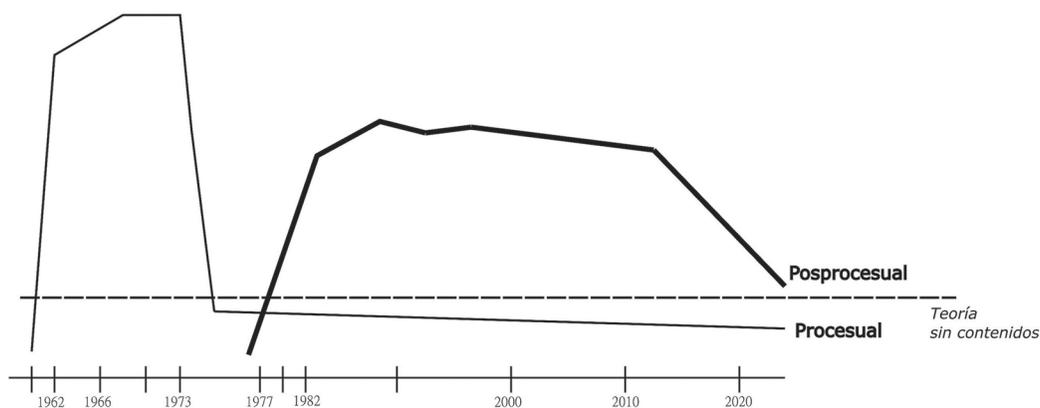


Figura 10. Modelo de desarrollo comparativo de la arqueología procesual-posprocesual. Elaboración propia.

mo se encontraba en la misma situación que vive hoy la arqueología posprocesual (figura 10). Y si no hay un rescate mediante procedimientos extraordinarios, lo cual no parece viable que ocurra, los conducirá a la misma consecuencia: la refutación por inconsistencia.

AGRADECIMIENTOS

Este texto fue escrito en el contexto de los cursos que impartí sobre Teoría Arqueológica, por lo cual debo agradecer de forma especial a mis alumnos de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y de la Universidad Autónoma de Campeche.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar, M. y H. Tantaleán (2008). El vuelo de Hermes: una crítica a la posmodernidad en arqueología desde los Andes. *Maguaré* (22), 397-423.
- Bate, L. y A. Terrazas (2006). Apuntes sobre las investigaciones prehistóricas en México y América. *Boletín Antropológico*, 24(67), 167-219.
- Beltrán, A. (1989). Introducción: T. S. Kuhn. De la historia de la ciencia a la filosofía de la ciencia. En T. Kuhn, *¿Qué son las revoluciones científicas?* (pp. 9-53).
- Binford, L. (1987). Data, relativism and archaeological science. *Man. New Series* 22(3), 391-404.
- Binford, L. (1989). The "new archaeology," then and now. En C. Lamberg (Ed.), *Archaeological thought in America* (pp. 50-62). Cambridge University Press.
- Cintas, M. (2012). *Género y arqueología: un esquema de la cuestión*. *Estrat Crítico*, 177-187.
- Córdoba D. (2009). Teoría Queer: reflexiones sobre sexo, sexualidad e identidad. Hacia una politización de la sexualidad. En J. Sáez, y P. Vidarte (Eds.), *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, (pp. 21-66). Eagles.
- Flannery, K. (1973). Archeology with a Capital S. En C. Redman (Ed.), *Research and Theory in Current Archeology*, (pp. 47-53). John Wiley.

Gándara, M. (1982). *La vieja nueva arqueología (segunda parte). Teoría métodos y técnicas en arqueología* (pp. 99-159). Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Gándara, M. (1993). El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social. *Boletín de Antropología Americana* (27), 5-20.

Gándara, M. (2007). *El análisis teórico en ciencias sociales: Aplicación a una teoría del origen del estado en Mesoamérica* [Tesis para obtener el grado de Doctor en Antropología, ENAH].

Guevara, M. (2024). El modelo de desarrollo teórico. Sobre la situación de la arqueología social. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 24.

Godfrey, G. (2009). El relativismo epistemológico visto a través de la teoría del cambio científico de Thomas Kuhn. *Relaciones: Estudios de historia y Sociedad*, 30(120) 139-164.

Hodder, I. (1977). The distribution of material culture items in the Baringo district, western Kenya. *Man, New Series*, 12 (2), 239-269.

Hodder, I. (1982). *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge University Press.

Hodder, I. (1984). History vs science: no contest. Review of L. R. Binford 1983, *In pursuit of the past*. *Scot archaeol. Rev.*, 3, 66-68.

Hodder, I. (1985). Post-processual archaeology. En M. Schiffer (Ed.), *Advances in archaeological method and theory* (pp. 1-26). Academic Press.

Hodder, I. (1986). *Reading the past: current approaches to interpretation in archaeology*. Cambridge University Press.

Hodder, I. (1988). *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica.

Hodder, I. (1991). Interpretive archaeology and its role. *American Antiquity*. 56(1), 7-18.

Hodder, I. (2012). *Entangled: an archaeology of the relationships between humans and things*. Wiley-Blackwell.

Hodder, I. (2018). *Where are we heading? The evolution of humans and things*. Yale University Press.

Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.

Kuhn, T. (2000). *The road since structure: Philosophical essays, 1970-1993*. The University of Chicago Press.

Lakatos, I. (1983). *La metodología de los programas de investigación científica*. Alianza Universidad.

Laudan, L. (1984). *Science and values*. University of California Press.

Leone, M. (1982). Some opinions about recovering mind. *American Antiquity*, 47, 742-760.

Morgan, C. (1973). Archaeology and explanation. *World archaeology*, 4, 259-276.

Popper, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Editorial Tecnos.

Popper, K. (1983). *Conjeturas y refutaciones*. Ediciones Paidós.

Popper, K. (1970). Normal science and its dangers. En I. Lakatos y A. Musgrave (Eds.), *Criticism and the growth of knowledge. Proceedings of the international colloquium in the philosophy of science, London, 1965*, (pp. 51-58). Vol. 4. Cambridge University Press.

Preucel, R. (1991). *Processual and postprocessual archaeologies: multiple ways of knowing the past*. Center for Archaeological Investigations. Southern Illinois University.

Preucel, R. (1995). "The postprocessual condition". *Journal of archaeological research*, 3(2), 147-175.

Renfrew, C. (1989). Comments on archaeology into the 1990s. *Norwegian Archaeological Review*, 22, 33-41.

Salmon, M. 1975. Confirmation and explanation in archaeology. *American antiquity*, 40, 559-464.

Schiffer, M. (1988). The structure of archaeological theory. *American Antiquity*, 53, 461-485.

Shanks, M. (2008). Post-processual archaeology and after. En R. Bentley, H. Maschner y C. Chippindale (Eds.), *Handbook of archaeological theories* (pp. 133-144). AltaMira Press. Lanham Publisher. Cambridge University Press.

Shanks, M. y C. Tilley (1988). *Social theory and archaeology*. University of New Mexico Press.

Shanks, M. e I. Hodder (2007). Processual, postprocessual, and interpretive archaeologies. En S. Knell (Ed.), *Museums in the material world* (pp. 144-165). Routledge.

Sørensen M. (1998). Arqueología del género en la arqueología europea: reflexiones y propuestas. *Arqueología*, 19, 157-172.

Tilley, C. (1995). Clowns and circus acts: a response to Trigger. *Critique of Anthropology*, 15(4), 337-341.

Trigger, B. (1989a). *A history of archaeological thought*. Cambridge University Press.

Trigger, B.(1989b). Hyperrelativism, responsibility and the social sciences. *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 26, 776-797.

Trigger, B. (1995). Archaeology and the integrated circus. *Critique of Anthropology*, 15(4), 319-335.

Watkins, J. (1970). Against 'normal science'. En I. Lakatos y A. Musgrave (Eds.), *Criticism and the growth of knowledge. Proceedings of the international colloquium in the philosophy of science, London, 1965* (pp. 25-37). Vol. 4. Cambridge University Press.

Watson, P. (1986). Archaeological interpretation, 1985. En D. Meltzer, D. Fowler y J. Sabloff (Eds.), *American archaeology past and future* (pp. 439-458). Smithsonian Institution Press.

Watson, P. y M. Fotiadis (1990). The razor's edge: symbolic-structuralist archeology and the expansion of archeological inference. *American Anthropologist*, 92(3), 613-629.

Yoffee, N. y A. Sherratt (eds.) (1993). *Archaeological theory: who sets the agenda?* Cambridge University Press.